

Alicia Soriano Martí

El comisionado del cielo



DIANA

ALICIA SORIANO MARTÍ

EL COMISIONADO DEL CIELO

Las aventuras terrestres
de un lama maño

Relatos

DIANA

Esta es una obra de ficción. Aunque algunos nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son reales, la historia es producto de la imaginación de la autora. Se usan en el marco de la ficción.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: junio de 2022

© Alicia Soriano Martí, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Diana es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-1119-015-2

Depósito legal: B. 8.703-2022

Maquetación: Realización Planeta

Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

SUMARIO

1. Del lugar al que realmente pertenecía José Soriano Sáez.	11
2. De cuando José conoció a Carmen Claudia: empieza la misión	17
3. Del deseo de formar una familia.	23
4. De cómo veían los hermanos Elevadísimos a José	27
5. De cómo José descubrió su humanidad.	31
6. Del viaje a Canarias y de las virtudes de «la sinvergonsona»	39
7. De la humillación de Herminia.	49
8. Del viaje de Carmen, Herminia y Carmen Claudia a Granada	57
9. De la noche en Granada	75
10. Del embrujo de la Alhambra	83
11. La primera Navidad de todas las otras.	97
12. Del volar de los años	103
13. De la primera parte del regalo de los Elevadísimos al pequeño lama «Pepito».	109

14. De la segunda parte del regalo de los Elevadísimos a un jovencísimo José	115
15. De cómo José y el lobo se reencuentran.	119
16. Del mágico despertar	123
17. De cómo José y el lobo reinician su eterna amistad	125
18. Del entrañable Eusebio Gascón	131
19. De unas larguísimas vacaciones	135
20. De las andaduras de Pepito por la sierra de Albarracín.	141
21. De una insólita manada formada por seis lobos, cuatro lobeznos, un muchacho y un viejo	147
22. Del mágico coto de pesca	155
23. Del otro lado de las cascadas	161
24. Del tesoro encontrado.	167
25. De cómo los Elevadísimos felicitan al hermano Gabriel.	179
26. Del definitivo camino de vuelta de José.	183
27. Del extraño testamento.	197

CAPÍTULO

1

Del lugar al que realmente pertenecía José Soriano Sáez

José Soriano Sáez era dueño de sus silencios. Su mundo interior le llenaba totalmente, pero eso no quitaba que fuese un hombre afable. Era un tipo agradable, servicial, siempre de buen talante.

José tenía una mirada inteligente, profunda, escrutadora. Extremadamente ingenioso en sus chanzas, con un humor surrealista que hacía desternillarse de risa a cuantos le rodeaban.

Uno de los rasgos más destacados de su carácter era la cabezonería. Cuando se le metía algo entre ceja y ceja lo llevaba al extremo y no cesaba hasta conseguirlo, por muy difícil que fuese.

Esa peculiaridad se debía a sus orígenes, ya que, a pesar de haber nacido en el pueblecito valenciano de Millares y haber crecido en Barcelona, el lugar al que se encontraba arraigado era a su queridísimo Albarracín, el pueblo de Teruel del que eran oriundos sus padres.

Por la testarudez de José, por su bondad y porque emanaba un halo de espiritualidad, su familia lo bautizó con el apodo del lama maño. Y es que José pertenecía en realidad a otro mundo, a otra dimensión.

Era el comisionado, en la Tierra, de unos seres muy evolucionados, unos entes que habían abandonado ya su existencia como humanos y que, después de sucesivas reencarnaciones, habían acumulado toda la sabiduría que sus almas habían adquirido a lo largo de sus experiencias terrenales.

Probablemente nadie, ni tan siquiera su propia familia, supo advertir esta realidad hasta que, quizá, ya fue tarde.

Los entes de los que José fue comisionado estaban organizados en una Hermandad; se llamaban entre ellos hermanos, pero en el cosmos eran conocidos como los Elevadísimos.

Su principal misión era guiar a las almas que volvían a reencarnarse, las de aquellos humanos que, todavía, no habían alcanzado el grado de «elevadísimos» y no podían formar parte, aún, de la Hermandad.

Sin embargo, la Hermandad venía observando que su propio grado de conocimiento —su alta elevación—, les había hecho olvidar las sensaciones terrenales. Y, sin ellas, cada vez guiaban más torpemente a las almas que regresaban. Comprendieron que necesitaban volver a conmoverse.

Fue por este motivo por el que decidieron que uno de los hermanos regresase de nuevo a la Tierra. Y José fue el escogido.

Daba la impresión de que, de toda la Hermandad, él era el que conservaba recuerdos más nítidos de las pasiones humanas, quien mejor parecía entenderlas, y estaba dotado, además, del notabilísimo don de la misericordia.

En este punto, se decidió qué aspectos en particular debía analizar José en su misión.

Una vez elegidos quiénes iban a ser sus padres y su lugar de nacimiento, una de las materias de estudio sería el enamoramiento. Aunque los Elevadísimos estaban colmados de amor

universal y eran capaces de dar sin esperar nada, necesitaban recordar cómo era el amor humano.

Y así fue como José Soriano Sáez regresó reencarnado a la Tierra.

Convertido en el «comisionado del cielo» —sin lugar a dudas una misión más que honrosa—, José iba a pagar un precio por ello; nacería de nuevo en su condición humana sin recordar nada de su condición de hermano y habiendo olvidado todos sus conocimientos como Elevadísimo.

Hasta los siete años, a través de sueños que contenían mensajes de los Elevadísimos, el pequeño José vivió de nuevo sus primeras experiencias como telepata; era fundamental que se familiarizase, otra vez, con la telepatía para las futuras comunicaciones que se iban a establecer entre la Hermandad y él.

El día de su Primera Comunión, dejó de recibir mensajes en sus sueños, pues ya había adquirido, sin por su edad terrenal ser consciente de ello —en realidad, nunca llegaría a serlo—, el hábito de conectarse telepáticamente con su comunidad universal. A partir de ese día —el de la Primera Comunión—, cada vez que los hermanos querían experimentar las mismas sensaciones que José estaba viviendo, se conectaban con él a través de un sistema de ondas que vibraban en su misma frecuencia; de este modo, José se convertiría en lo más parecido a una radio, emitiendo para todos los Elevadísimos.

Necesitaban, sin embargo, un instrumento que sirviese para esta sutil comunicación. Si telepáticamente ordenaban el momento de conectarse con José, la transmisión de las sensaciones requería de una tecnología específica que, aquella noche —la del día de la Primera Comunión—, unos hermanos expertos en «telecos» avanzadas instalaron en la caja de compases que el padrino del comisionado había regalado, ese mis-

mo día, a su ahijado —por aquel entonces Pepito— que, mientras tanto, dormía ajeno a lo que estaba ocurriendo.

La caja era granate, de piel, con distintos compartimentos para poner los compases y, en un doble fondo, los expertos colocaron un artefacto, una especie de ábaco con diez varillas de metal, cada una con varias bolitas serigrafadas de extremo a extremo. La serigrafía de cada bolita era un anagrama diferente y la facultad de combinarse entre ellas las convertía en llaves que, encajando en un émbolo, conectaban los dos mundos.

Cuando José recibía la orden telepática de conectarse, como si de un autómatas se tratase, manipulaba las bolitas y empezaba la transmisión. Así sería a lo largo de su vida, acompañado siempre por aquella caja que, con los años, cambió de uso y se convirtió en su caja de tabaco.

La infancia y la juventud de José transcurrieron como las de cualquier otro niño y adolescente, ignorando por completo que él era el instrumento orquestado por sus hermanos cósmicos.

Estos experimentaban una gran dicha al conectarse con José. Sentir su maravillosa fuerza, su fe, su bondad, la manera que tenía de entender y disfrutar la vida, todo el jugo que le sacaba... Tanto es así, que los hermanos se disputaban entre ellos quién debía conectarse cada vez.

Lo cierto es que José sabía encontrar la belleza en todo, sobre todo, cuando cocinaba y comía tortilla de patatas.

Preparaba la tortilla dándole un toque especial: la manera lenta de freír la cebolla y la patata hasta casi confitarlas.

Mientras la hacía, pensaba en quién iba a disfrutarla: su familia, sus compañeros de trabajo, algún vecino..., y siempre añadía un poco más de cada ingrediente para que hubiera su-

ficiente y poder compartirla, si acaso, con unos vagabundos que malvivían en la plazoleta del barrio, en Barcelona.

Al pelar las patatas y cortar las cebollas, ponía la mente en aquello que estaba haciendo, pero, además, y este era su ingrediente secreto, ponía su corazón al pensar en las personas para las que cocinaba y, al mismo tiempo que rehogaba, pedía que cada una de aquellas personas tuviese un buen día, que se le resolvieran sus problemas; todos deseos bondadosos.

Los destinatarios recibían aquella tortilla de patatas —con cebolla— como si fuese un regalo cargado de la misma bondad que José emanaba por cada milímetro de su piel. Y así, sin saberlo, José alimentaba los cuerpos y las almas de quienes formaban parte de su mundo.

José, después de cocinar para los demás, preparaba una para él mismo. Probablemente, la sencillez del plato, tan conectado con la tierra en esencia y con los condimentos, le servía para conectarse con algo más profundo: la esencia misma de la vida.

Lo más sorprendente es que, en aquellas conexiones telepáticas con los Elevadísimos, las sensaciones de José mientras comía se transmitían con toda plenitud y riqueza de matices a los hermanos —de ahí, buena parte de las disputas por conectarse con él; corría la voz: «José ha hecho tortilla de patatas», y empezaban las carreras para tener el privilegio de disfrutarla—. Tanto es así, que llegó un momento en que el hermano jefe tuvo que llamar la atención de la comunidad.

El hermano jefe, Manel —entre los Elevadísimos era costumbre conservar el último nombre usado en la Tierra—, se había dado cuenta de que el placer que producía aquel sencillo plato estaba provocando en los hermanos un tentador «regreso» a sus vidas anteriores, cuando todos habitaban aún en el

planeta Tierra. En realidad, al tiempo que les reprendía y les recordaba quiénes eran y su misión, él mismo, después de conectarse y percibiendo los efluvios de aquellas tortillas únicas, no podía reprimir una sonrisa hija de la gula.